

Reseña de Libro

Alicia Frohmann, *Puentes sobre la Turbulencia. La Concertación Política Latinoamericana en los 80* (Santiago: Flacso, 1990).

Con un giro exagerado del lenguaje, Dante Caputo decía en 1986 que "si una guerra viniera a instalarse en esta región, sus efectos se propagarían a todo el continente latinoamericano. Desde México a Tierra del Fuego, nuestras sociedades se verían conmovidas, polarizadas, radicalizadas". Naturalmente que el entonces Canciller argentino se refería al conflicto centroamericano, el más grave del continente al sur de Río Grande desde la revolución mexicana en sus proyecciones regionales. Enfrentamiento larvado, conflicto ambiguo, guerra irregular, guerra civil e internacional, cualquier calificativo que le encontremos nos llevará a lo mismo: una explosión de violencia que en parte no le ha sido ajena a la historia de la región y del continente, pero que en parte tiene un componente nuevo, el factor internacional y su proyección en el ahora difunto conflicto Este-Oeste. Por otro lado ni la revolución mexicana ni la guerra del Chaco provocaron el alud de actividad diplomática que ha caracterizado la reacción de muchos países latinoamericanos ante la crisis centroamericana.

En el presente libro, la autora tematiza lo que ella ve como la "concertación latinoamericana" en respuesta a la internacionalización del conflicto, que significaba colocarlo en la perspectiva de la pugna Este-Oeste. Lo más importante, y aquí radica el valor del libro, se relata cómo un grupo de naciones re-aprende a organizar un esfuerzo político colectivo. "Usamos el término 'reaprendizaje' por su connotación de proceso gradual, paulatino, de incorporación de experiencias y creación de confianza y complicidad. Pensamos que tanto la concertación, en cuanto a logros de acuerdos políticos y, más aún la integración, que aspira a la apertura y a la complementariedad sinérgica de las economías latinoamericanas, son procesos de maduración lenta, que siguen un ritmo casi biológico a partir de un impulso original y con la alimentación/retroalimentación adecuada" (p. 26). La concertación es presentada de esta manera como una suerte de

autopedagogía antes que como el logro de una meta político-diplomática espectacular.

Efectivamente no puede decirse otra cosa del resultado de los esfuerzos latinoamericanos en los años ochenta. Su itinerario es trazado con rigurosidad por la autora, comenzando con la aparición del grupo de Contadora en 1983, con la primera reunión de los cancilleres de Colombia, Panamá, México y Venezuela, y con esto se produce la emergencia de un marco multilateral al que Estados Unidos debe *volens nolens* adaptarse. Si por una parte los países latinoamericanos querían por sobre todo evitar una intervención militar norteamericana, y la administración Reagan no dejó de mostrar irritación por esta "interferencia", por otro lado también Washington parece haberse complacido con el escenario multilateral, ya que le permitía negociar una variedad de temas en contraposición a la insistencia nicaragüense de un diálogo bilateral.

Con la oleada democratizadora en América Latina en los años 80, se abría otra compuerta, y el Grupo de Contadora recibe el apoyo de lo que precisamente se denominaría el Grupo de Apoyo a Contadora, en julio de 1985, integrado por Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. Esto originaría a su vez al Grupo de los Ocho a fines de 1986 (posteriormente reducidos a siete con la exclusión de Panamá, país importante en su origen). La autora es entusiasta de los logros de Contadora: una instancia de interlocución y negociación, un instrumento concreto de pacificación regional y desenganche del conflicto centroamericano del contexto Este-Oeste. El Grupo de los Ocho tendría su pleamar en 1987, cuando se apoya a los acuerdos de Esquipulas II en agosto, y después en noviembre con la cumbre presidencial de Acapulco. Posteriormente los cambios en el escenario internacional han dejado en aire una cierta atmósfera de frustración. "La reacción —o, mejor dicho, la falta de reacción— del Grupo frente a la crisis de Panamá, fue indicativa no tanto de fracaso sino del cambio de carácter de la concertación regional, a la vez que dejó al descubierto la crisis interna por la que atraviesa en relación a los que será su proyección en el futuro" (p. 132). El problema ahora es, ¿qué hacer? No es ni instancia resolutive ni mediadora, sólo de interlocución, repite la autora, y por ello requiere de una redefinición para extender su activismo en los años noventa.

El sabor que deja la lectura total de este libro es mixto. Por un lado emergió una real multilateral de concertación; por otro lado el impulso se desgastó en un momento del proceso cuando más debería

haber tenido éxito, aquel del desvanecimiento del conflicto Este-Oeste. Y las opciones del futuro parecen estar abiertas, ya que esta concertación tiene oportunidades tanto ante los aspectos que sobreviven del conflicto centroamericano, como en el manejo de una situación de "normalidad" pero que requiere de las aptitudes para concertar a la región en la era —presumible— de los bloques económicos.

Está también la eterna posibilidad del desencanto latinoamericano y la caída en la inacción. Aunque la autora destaca el rol de "interlocución" del Grupo de los Ocho, no se detiene lo suficiente en algo que está en el aire de sus propias palabras, esto es, el carácter lúdico de toda actividad netamente diplomática. Esta característica le es inherente al juego internacional, y es la disposición del acto político inmediatamente antes de convertirse en influencia real. Ahí se puede disolver o transformarse en política creativa. Este parece ser el momento actual y el dilema real de la concertación en los años noventa.

Hay otro punto que se debe anotar, y es que la autora no deja de referirse al rol norteamericano en un tono irónico, y hasta el sarcasmo cuando se trata de la administración Reagan. Los aliados de Washington son "incondicionales" (p. 55); las "maniobras" de la administración Reagan son "cada vez más alambicadas" (p. 59); o bien Reagan "arremetía" contra el régimen sandinista (p. 61). Sin decirlo, además, la autora trasluce su impresión de que el conflicto centroamericano sólo estaba vinculado al conflicto Este-Oeste por mera fijación de Washington. Sin embargo antes del año axial 1989, y de las elecciones en Nicaragua en 1990, el paradigma hacia el cual tendían tanto los sandinistas como la guerrilla salvadoreña estaba constituido por los sistemas marxistas. Aunque en el poder no llegasen a ser meros peones en el ajedrez mayor —o no lo llegasen a ser en absoluto—, su simple existencia implicaba una amenaza política de consideración para el resto de los sistemas políticos de la región. No por casualidad es que la transformación del conflicto mayor se ha traducido en parte en una descompresión del conflicto regional. Este elemento, a nuestro juicio, ayuda a poner en un contexto más equilibrado cualquiera apreciación que se tenga acerca de la política latinoamericana de la administración Reagan.

Existe otro lado del asunto. Los Estados del Grupo de los Ocho le dieron una movilidad importante a la diplomacia latinoamericana, y no en último término tuvieron su peso en el desarrollo de las

elecciones en Nicaragua. Sin embargo tanto la posibilidad de éstas como la supervivencia del régimen salvadoreño estuvieron precondicionadas por un equilibrio de poder que sólo Estados Unidos estaba dispuesto a mantener, mediante la presión política y militar. También los mismos gobiernos centroamericanos (no solamente aliados "incondicionales") como algunos latinoamericanos mantenían un doble lenguaje: uno público de distancia con Washington; otro privado en el que urgían mayor acción a los norteamericanos. También hay que referirse a la rivalidad al interior de la región (la autora algo refiere a los celos de los países centroamericanos frente a México, p. 62), como la desazón de muchos sudamericanos ante Centroamérica. Todo ello también es parte del mapa.

Pero esto no toca sino tangencialmente al trabajo de Alicia Frohmann, que se refiere, para repetirlo, a la concertación latinoamericana fundamentalmente como un proceso de reaprendizaje político. De este intento, en todo caso, se ha desprendido un bien más inmaterial, pero no menos real, cual ha sido el *aprendizaje* de las culturas políticas de América Central. Hasta hace un par de décadas, con la excepción de Costa Rica, estos sistemas políticos eran objeto de burla. En el curso de este proceso de la década de los ochenta, tan trágica por otro lado, nadie puede poner en duda la aparición de interlocutores políticos serios, aunque todavía débiles, en sociedades cruzadas por una violencia bárbara, que procede en su mayor parte de fuentes institucionales (particularmente en Guatemala y El Salvador). Estas contradicciones sólo pueden ser superadas, en primer lugar, por un esfuerzo al interior de esas sociedades, esfuerzo posible ahora con culturas políticas más desarrolladas. Pero existe un marco externo que alienta a los actores capaces, y gran parte de ese mérito corresponde a la concertación latinoamericana, que es tanto capacidad diplomática como madurez de sistemas políticos locales. Política interna y política externa aparecen de esta manera como dos caras de una misma personalidad colectiva.

Joaquín Ferrandois